

Era una fortuna que hubiera un hombre de tan gran espíritu que, á pesar de sus palabras insolentes y amenazadoras, estaba siempre dispuesto á recibir toda idea razonable. El no era enemigo de los girondinos ni quería guerra con ellos. Desde su primer discurso, ya se ha visto, trató de atraerlos. Era una ocasión preciosa para alejar á Danton de Robespierre. Un partido desligado de los otros se hubiera creado entonces en la Convención. No el partido de los debiles y los cobardes como era el centro, sino el de los fuertes, el de los hombres de genio é independientes como Danton, Vergniaud. Unid á estos á Cambon, Carnot, que eran fuerzas que se negaban á unirse á los Jacobinos. A estos se hubieran aproximado Condorcet, Barrere y otros imparciales que no amaban á la Gironda ni á la Montaña, sino que las seguían á su pesar, deseando no tener otro partido que Francia y la Revolución.

Era necesario aceptar á Danton. Si él avanzaba un paso, era necesario dar dos hacia él. Había desautorizado á Marat y esto bastaba. Por lo demás, si él quería cubrir con su autoridad la Comune de París, había que cerrar los ojos. Se proclamaba culpable, debía no creérsele, dejarle hacer lo que pedían su política, esto es, que fuese el más violento de los violentos. No pedir que dejara de ser Danton, sino que siéndolo, mezclara su magnanimidad á los intereses de partido. Los girondinos no tuvieron esta penetración ni estos miramientos justos y políticos.

Avanzó hacia ellos y no se fiaron de él. Para hacerse creer hubiera sido necesario que se comprometiera y se perdiera para la Montaña.

Mucho tiempo después, un joven representante de la izquierda le dijo que tenía medio de atraer á los de la derecha, pero Danton le dijo: «No tienen confianza.» El joven insistió, pero no arrancó á Danton más que estas palabras: «No tienen confianza.»

Triste respuesta, pero verdadera. Como que contiene la historia de la Convención, su fúnebre destino y la triste iliada de nuestras desgracias, la libertad comprometida y tantos argumentos terribles que la Revolución ha usado contra sí misma.

Todo consistió en este divorcio fatal: «No tienen confianza.» Yo no he podido escribir estas palabras sin recordar todos los males de mi patria.

Acogido en la Convención con miradas hostiles y maltratado por los periódicos, Danton hizo la guerra á su pesar.

Acosado y acorralado, el jabalí dá mordiscos oblicuos que causan la muerte.

El primer golpe que dió fué el 29 de Septiembre cuando Roland dimitió el ministerio y se quería que permaneciera siendo ministro. Danton dió una dentellada: «Nadie hace más justicia que yo á Roland; pero ya que le invitáis á seguir en el ministerio, invitad también á su mujer, pues todo el mundo sabe que es ella la ministra.» (Murmulló). Puesto que se trata de decir mi pensamiento, declararé que cuando no

había quien quisiera ser ministro, Roland tuvo la ocurrencia de marcharse de París.»

Danton no pudo descargar sobre los girondinos un golpe más sensible. Se había tocado á lo más santo, ¡madama Roland! Era precisamente lo más extraordinario del partido tener por jefe una mujer y convenía hacerlo constar claramente.

A este partido que le decía: «Eres un sanguinario», contestaba: «Tu eres una mujer y has querido huir.» Los girondinos no eran consecuentes.

Los girondinos, en su puritanismo, celosos del honor de Francia, no eran consecuentes. Ellos fueron los que en el mismo año, el 19 de Marzo del 92, habían obtenido la amnistía para los sucesos de Aviñon, llamados con razón el Septiembre del Mediodía. Sus amigos de Marsella, Barbaroux, Rebecqui eran los protectores de Duprat y de Muivielle. Rebecqui los devolvió triunfantes á Aviñon y, en su reconocimiento, hicieron á Barbaroux miembro de la Convención. También Juan Duprat y Muivielle tomaron asiento en la Gironda.

No era seguro que Danton hubiera hecho Septiembre, pero sí era cierto que Muivielle había hecho la Glaciere. ¿Por qué los girondinos habían amnistiado á los hombres de la Glaciere? Porque los monárquicos hubieran sacado partido de esta lucha interior de los amigos de la Revolución.

El mismo motivo debía obligar, en una crisis aún más peligrosa, á cesar en las persecuciones por motivo de los hechos de Septiembre y, sobre todo, á no comprometer á un hombre que estaba en lo más alto de la República y al que no se podía perder sin perder á Francia.

La frase de Danton acerca de Roland y su mujer agrió hasta lo sumo el ánimo de sus enemigos.

Los girondinos no habían hecho más gestiones para que Roland continuara en el ministerio; y, en realidad, era mejor que fuera ministro otro no tan expuesto á las críticas de la prensa. La palabra de Danton lo cambió todo; los Roland, puestos en evidencia, decidieron dar pruebas de valor, sucediera lo que quisiera. A esta asamblea, que no le rogaba que se quedara, contestó: «Me quedo.»

Este documento, escrito por Madame Roland y con su estilo más vivo, tenía el tono valeroso pero conmovido que produce la irritación.

El debate de la Convención y sus intenciones manifiestas no permitían dudar... «Ella me muestra el camino y yo me lanzo á él con valor. Permanezco porque hay peligros... Yo renuncio al reposo que tan agradable me sería en mi vejez; consumo el sacrificio y me consagro á la patria hasta la muerte.»

Roland negó que hubiera querido huir, sino que solamente había advertido «Si acercándose el enemigo la huida de la Asamblea no sería una medida acertada.»

Discutía después de un modo admirable la ciega violencia del partido del terror y hacía el retrato de su jefe, «un individuo superior á la horda insensata que hacía el papel de Sila y de Rienzi.» No añadía más, pero todo el mundo pronunciaba el nombre de Danton.

Una palabra resaltaba al final de la carta: «Yo desconfío del civismo de todo aquel que no tiene moralidad.»

Esto era preparar el terreno para la nueva persecución que la Convención iba á emprender contra el que odiaba. Quería una cosa imposible; no solamente perder á Danton, sino deshonrarle. No se deshonra una gran figura cuando no se tiene una prueba concluyente y hasta se corre el riesgo de rehabilitarla con la acusación.

Los esfuerzos de los girondinos se dirigían á envolver á Danton en el proceso de dinero que se seguía á la Comuna, exigiendo cuentas regulares de todo lo gastado durante la gran crisis. Durante los meses de Septiembre y Octubre, los de la Comuna habían sido citados para rendir cuentas sin que pudieran hacerlo.

Había habido, según las trazas, sumas mal empleadas y sustraídas. No había, sin embargo, ningún robo, sino que la contabilidad había sido casi imposible. No eran solamente los enemigos políticos de la Comuna los que así la perseguían.

El áspero y austero Cambon, celoso defensor del tesoro público, denunciaba cada día hechos sospechosos. Esta Comuna, tiránica odiosa estaba decidida á dos cosas: á no rendir cuentas y á no consentir que se renovara su personal.

Lo odioso de esta conducta se extendía al defensor de la Comuna Danton. El tampoco quería ó podía rendir cuentas. Estaba convenido entre los ministros que, con respecto á los gastos secretos, se dieran cuenta unos á otros. Esto fué lo que Danton alegó cuando tuvo que explicarse en la Convención. Roland, inexorable en este punto, dijo que á él no le había dado cuenta ninguna y que tampoco en las actas de los consejos de ministros constaba nada de eso.

Danton dió una explicación muy especiosa. Dijo que en el momento de peligro la Asamblea le había dicho: «No escasee usted nada, prodigue el dinero. Hay gastos que no se pueden explicar: misiones revolucionarias; sumarios que no es lícito descubrir.»

Esta respuesta pareció á la Gironda un defecto, y sin embargo, era verdadera. Lo que antes era un misterio ahora está á la vista. Danton tenía en su mano todos los asuntos de la diplomacia y de la política y tenía que dar el dinero sin contarle.

¿Por qué estaban los asuntos solamente en la mano y en la cabeza de Danton? Por que la Gironda había sido incapaz de gobernar. Ella hablaba, escribía, pero nada más. En el momento que había que obrar y un momento de vacilación podía perderlo todo, ella deliberaba. Por eso Danton echó mano al gobernable.

El primer negocio en que Danton tuvo que dar el dinero á mano

llenas fué la conspiración realista de Bretaña que descubrió por una casualidad antes del 10 de Agosto.

El era amado de individuos de todas clases como buen amigo, llano y corriente y, por lo tanto, seguro cuando alguien se confiaba á él.

En Julio un joven médico de Bretaña fué á buscarle, y le dijo que tenía que revelar un gran secreto que le pesaba guardar. Un tal Sarüerie le envió una porción de oro, enviando para esto á su sobrino. Este sobrino reveló los detalles de la conspiración. El médico no era un traidor, sino un hombre que veía el abismo á que Francia iba. Danton, sin perder un momento, acudió al comité de seguridad; era Julio y cuando estaba reunida la Legislativa; el comité estaba compuesto de girondinos. Se espantaron; pero ¿qué hacer? Por un *se dice* no iban á prender tan gran número de personas. No podían nada y nada harían.

Danton, sin desanimarse, corre á ver al médico, le convence de que vuelva á Bretaña; se apodera de las pruebas del complot y haciéndole traición salva á Francia.

Esto después del 10 de Agosto. Se esperaba la invasión prusiana y se creía que una armada inglesa llevando á Saint-Malo á los emigrados de Jersey daría una gran fuerza á los conspiradores bretones. Estos estaban tan seguros del éxito, que tenían ya fijado el día de su entrada en París, al mismo tiempo que los prusianos. Los bretones pensaban entrar por los Campos Elíseos y los prusianos por la puerta de San Martín.

¿Qué argumentos empleó Danton con el médico? ¿la elocuencia? ¿el dinero?

Probablemente las dos cosas. Danton era entonces ministro de Justicia. Habló del asunto á los otros ministros; pero viendo su ineptitud, tomó por sí mismo las iniciativas y medidas convenientes para la salvación de la patria.

La vergonzosa comisión que el médico llevaba á Bretaña, consistía en ir á decir á su amigo Larruerie que Danton era realista; que cansado de los excesos del populacho, quería el establecimiento del antiguo régimen; que él, el médico, había recibido de Danton autorización para alejar las tropas. En efecto, temiendo la invasión prusiana se las hacía correr hacia el Este. Larruerie se dejó engañar, creyó á Larouche y una mañana recibió el golpe de Valmy.

Ninguna esperanza; el ejército prusiano se retiraba.

Un consejo secreto se celebró por los conspiradores en un castillo. Uno de los jefes era una amazona romántica é intrépida de las que hicieron tan novelesca la guerra civil y que, sin embargo, de ligereza en ligereza tanto sirvieron á la causa de la República.

Esta, Teresa de Moëlen, avergonzó á Larruerie por su debilidad y le animó á persistir. Se convino en enviar á Inglaterra al hombre sospechoso, á Latouche, que se decía amigo de Danton. La conspiración

realista tuvo así por agente al mismo que tenía Danton y por lo tanto éste fué dueño de todos los secretos y las más peligrosas relaciones.

Otro Larouche, un aventurero realista, denunció los tratos en que estaban con los realistas los enemigos de Coblenz. Fué enviado allá y descubrió una vastísima conspiración cuyas ramificaciones se extendían por ochenta leguas del contorno.

Los príncipes ya habían nombrado un gobernador del Langüedoc y de Quevennes que se había establecido en el castillo de Jales. Fué sorprendido y muerto.

Los actos secretos de salvación pública fueron cumplidos por el mismo Danton como ministro ó bajo su poderosa influencia cuando no estaba en el ministerio.

El solo entre los hombres de su tiempo tuvo la energía necesaria; él solo la fuerza de seducción necesaria para tener inteligencias en el campo enemigo y lograr que algunos de entre los adversarios hicieran traición, siendo así que de otra manera no la hubieran hecho. Ni Latouche ni Morillon eran de la madera de los traidores; Latouche era patriota, Morillon, humano. Era necesario para seducirles el torrente magnífico con el que este genio de la Revolución seducía á amigos y enemigos. El envolvía en oro á los hombres; pero esta era su menor seducción, si no que al uno le decía: «Salva á Francia»; al otro: «Abrevia la lucha», al de más allá: «Termina la guerra civil».—A los más rebeldes al oro y á la palabra, les tomaba la mano y entonces ninguno resistía; una fuerza superior los arrastraba; los escrúpulos, el pasado, el porvenir, todo desaparecía ante la amistad de Danton.

Este grande y terrible defensor de la República que, fuera como fuera, la salvaba, no podía detenerse á escoger hombres puros para confiarles sus comisiones. Escogía los más entusiastas; los menos escrupulosos que marchaban con los ojos cerrados.

Sobre todo se le entregaban los que estando manchados por los hechos de Septiembre, no tenían más esperanza que el triunfo de la libertad. Se le entregaban los que no habían nacido para el crimen; pero, arrastrados por el vértigo de sangre tenían necesidad de rehabilitarse por el sacrificio y la abnegación. Con tal de que no se les hablara de los días nefastos, hubieran con mucho gusto dado la vida por Francia. Danton los acogía sin dificultades para servirse de ellos. Fueran buenos ó malos, la verdad es que muchas veces Danton no disponía de otros. Un día en que se le reprochaba por enviar tales agentes, dijo: ¿Qué quiere usted, que envíe señoritas?

Por estos agentes y estos medios, Danton consiguió la evacuación del territorio. No hay nada que indique que comprara la retirada de los prusianos. Lo que es indudable es que los agentes inferiores que intervinieron en el asunto, no lo hicieron de balde.

Westermann y Fabre d'Englantín eran vividores que no hacían nada más que por dinero.

La asociación bretona se había paralizado en la idea de que Danton la defendía. Y, de la misma manera, los prusianos, sabiendo que tenían enfrente dos hombres como Dumouriez y Danton, creyeron mejor dejar una lucha en que tenían que vencer á todo un pueblo.

Pero tan oscuro como estaba el asunto de Bretaña, estaba claro el de Champagne.

La dificultad consistía en comunicarse con el enemigo para hacerle retirar sin combatir. El engaño era incompatible con el orgullo nacional, aumentado por el inesperado suceso de Valmy. Francia quería batirse. Toda la prensa era partidaria de la guerra; París, repuesto de la terrible impresión que le causó el 2 de Septiembre, había pasado al extremo opuesto. Los clubs rebosaban de ardores bélicos; se preguntaba: ¿Por qué el rey de Prusia no está ya aquí agarrotado? En realidad los prusianos no habían perdido nada ni había por qué se retirasen. Permanecieron inmóviles doce días después de la batalla. Habían recibido víveres y el orgullo del rey de Prusia le clavaba por decirlo así en el territorio francés.

Los duques de Borghie y de Castrien opinaban que la victoria era fácil mientras á ejércitos organizados se opusieran milicias solamente.

El rey de Prusia estaba perplejo; en su tienda y en su campo había una discusión que también estaba en su corazón. El negocio de la invasión le preocupaba menos que un negocio de corte y de favoritos.

De estos, algunos, quizás pagados por Rusia y Austria, eran partidarios de la guerra á todo trance. Los pacíficos estaban apoyados por la amante del rey la condesa de Sichtenan, que enviaba todos los días cartas empapadas en lágrimas. Ella había llegado hasta las aguas de Sper y desde allí llamaba á su real amante. Temía á las balas y temía á las francesas, pues el corazón del rey era muy inconstante.

La derrota de Valmy fué un argumento en favor de Brunswick y se unió á ellos. Estos hicieron ver al rey que trabajaba en favor de Austria que le asistía tan mal.

Pero ¿la causa de la monarquía, la libertad de Luis XVI no era una vergüenza abandonarlas? El rey tenía al lado dos franceses: el secretario Lombard y el general Heymann, que acababa de emigrar y hacerse prusiano. Estos persistían en que Luis XVI debía recobrar la libertad y el reinado constitucional. Lombard pidió permiso para hacerse prisionero por los franceses y negociar con ellos.

Dumouriez dijo que si era la salvación de Luis XVI lo que deseaba el rey de Prusia, no debía dar un paso más, pues su avance sería la muerte del prisionero.

Para mejor convencer á los prusianos les envió con Lombard al hombre de confianza de Danton que debía tratar secretamente con Heymann.

Brunswick supo en estas conferencias que la Asamblea había votado la supresión de la monarquía y se había declarado violentamente contra la intrusión de un extranjero. Que se había querido perder á Brissot solo por el crimen de haber nombrado á Brunswick. Este se quedó pasmado. Hacía unos seis meses que un periodista le había adjudicado la corona. El había rehusado prudentemente. Sin embargo, conservaba como una reminiscencia de la proposición. Este príncipe, casado con una hermana de la reina de Inglaterra, era, por lo tanto, anglo-alemán. Inglaterra hubiera apoyado con todo interés tal candidatura. Una de las razones que éste tenía era que esperaba la orden de los ingleses, pues aliado con ellos se debía combatir, pero no de otra manera. Por eso esperaba. Dumouriez había mandado á pedir la orden de Danton en este difícil asunto, no fuera á echarlo á perder la intemperancia de los periodistas y de los clubs. No había nada más difícil. Era necesario, en pleno entusiasmo, hacer aceptar algo frío y práctico; es decir, el convencimiento de que no había mejor victoria que no combatir y hacer ver al mundo que Europa abandonaba á Luis XVI y á los emigrados y trataba de potencia á potencia con la joven República y su gobierno recién nacido.

Esto fué lo que Danton dijo en el consejo de ministros, que le vió con sorpresa quitarse la máscara de hombre furioso y violento para mostrarse como un gran político. Lo difícil no era convencer á los ministros, si no á los menores, á la opinión republicana y esto lo consiguió Danton.

Dumouriez recibió dos cartas: una del consejo de ministros ostensible y orgullosa. La República no trataría con el enemigo más que cuando éste hubiera evacuado el territorio francés. La otra era particular de Danton; explicaba la primera; admitía la conveniencia de tratar con el enemigo y anunciaba á Dumouriez que salían de París tres emisarios: Prieur de la Marne (jacobino), Carre y Sillesi (dos girondinos).

Pudo temerse que este mensaje pacífico no sirviera para nada. La noticia de la abolición de la monarquía había hecho caer otra vez al rey de Prusia en su humor negro y en su cólera. Quería combatir y, á pesar de Brunswick, dió la orden para el día 29 de Septiembre.

Brunswick lo dijo á los emigrados que saltaron de gozo. Además, por complacer al rey, dió un manifiesto lleno de injurias y de amenazas. Dumouriez rompió el armisticio sintiendo no poder usar la autorización que tenía para entrar en negociaciones.

El 28 de Septiembre la cólera del rey, que se había ido en palabras, tuvo menos necesidad de traducirse en hechos. Antes de la batalla hubo un consejo en que se leyeron cartas de Inglaterra y de Holanda negándose á entrar en la coalición y á favorecer á Prusia. Lo que mas influyó fué que un oficial francés había dicho á un general prusiano que Custine marchaba sobre el Rhin.

Iba á encontrar indefensa toda la frontera de Prusia; no se hubiera

encontrado un soldado entre Maguncia y Coblenza. ¿Quién le impedía tomar esta fortaleza? y entonces el regreso del rey se hubiera visto muy comprometido.

Entonces el rey lleno de cólera y no pudiendo saciarla en sus enemigos, la sació en sus amigos. Llenó de injurias á los emigrados y ni aun trató de protegerlos, si no que por completo los abandonó. Ellos se vieron en grande apuro, teniendo que seguir los flancos del ejército prusiano que no los protegía.

El rey de Prusia se inquietó todavía menos por la Austria; Brunswick, en una entrevista con Kellermann, en que éste le pedía noticias sobre las condiciones del arreglo, dijo: «Nada más sencillo, nos vamos cada uno á nuestra casa.» y «¿Quién pagará las costas? por que me parece que el emperador que ha atacado el primero bien nos debe los Países Bajos.» A lo que Brunswick contestó fríamente: «Que los prusianos querían la paz, y lo mismo les daba tratar de ella en Luxemburgo que en los Países Bajos,» dando á entender que no los defenderían.

El rey no se inquietó más que por la suerte de Luis XVI y esto no como rey, si no como persona. Preguntó como era tratado en el Temple y Danton mostró decretos de la Comuna en que se demostraba que vivía rodeado de cuidados. Si se ha de creer á los prusianos, estos no se hubieran retirado si Danton no les hubiera dado palabra de salvar á todo trance la cabeza del rey. El día 29 de Septiembre empezó á retirarse el ejército prusiano. Los franceses, no enterados del arreglo, á veces los molestaban, pero ellos siguieron su marcha y pasaron la frontera al sentir el ruido de los pasos de Custine.

Una parte del ejército francés había vuelto del Norte y del Este y se encaminaba hacia Bélgica. El 12 de Octubre Dumouriez fué á París con el pretexto de preparar sus planes de campaña, pero, en realidad, para estudiar de cerca la situación y ver qué vientos corrían.

Encontró á todo el mundo más enterado de sus planes que él mismo. Fué á ver á madame Roland en el mismo gabinete del ministerio del Interior de donde él había hecho salir á Roland, destituido por Luis XVI. La llevó un ramo para captarse su benevolencia y ella le recibió, pero le dijo con franqueza que se le juzgaba realista; que tenía demasiado talento y esto le hacía peligroso y que el gobierno se guardaría muy bien de subordinarle otros generales. Esta desconfianza era natural. Dumouriez, presentado á la Convención, había eludido hacer lo que más se deseaba de él, un juramento de fidelidad á la República. El dijo con una ligereza atrevida que no impresionó á nadie: «No haré más juramentos, yo me haré digno de mandar á los soldados de la patria y de defender las leyes que se ha dado el pueblo soberano.»

Por la tarde fué recibido por los Jacobinos con una frialdad extrema. En un discurso dijo Collot: «que había acompañado al rey de Prusia con demasiada finura.»

Hasta el mismo Danton que parecía identificado con Dumouriez le